

La Unión Europea, ¿opción al declive hegemónico estadounidense? El caso del sector energético

The European Union, an Option to the Declining US Hegemony? The Case of the Energy Sector

Daniel Añorve Añorve**

Doctor en Ciencias Políticas y Sociales con orientación
en Relaciones Internacionales

Profesor-investigador de tiempo completo del Departamento de Estudios Políticos
de la Universidad de Guanajuato. División de Derecho, Política y Gobierno

Resumen

Es evidente que las relaciones internacionales cada vez son menos unipolares. Estados Unidos tiene fuertes competidores económicos, comerciales, políticos y tecnológicos. Hacia el futuro se abren dos posibilidades: 1) un relevo hegemónico y/o 2) un mundo multipolar carente de un hegemon global. El presente trabajo analiza el papel que juega la Unión Europea dentro del actual escenario mundial. El objetivo es, a partir del análisis de fortalezas y debilidades de la UE, analizar la política energética y determinar hasta qué grado la UE significa un reto a la hegemonía estadounidense, o bien, se limitará a ser uno de los polos emergentes y un contrapeso al dominio estadounidense. Se analizará el sector energético debido a las implicaciones que tiene en la política internacional. Se argumenta que la posibilidad

Abstract

Evidently, current international relations have become less unipolar. The United States has strong economic, commercial, political, and technological competitors. There are two options in the horizon: 1) a hegemonic relay and/or 2) a multipolar world, lacking a global hegemon. In this paper, I analyze the role that the European Union plays in the world scenario. By studying the strengths and weaknesses of the European Union, I set out to analyze its energy policy to, then, assess the extent to which it may pose a challenge to the US hegemony, or whether it will have to limit itself to becoming one of the emerging poles, representing a counter weight to the US dominance. I have chosen the energy sector as a result of the implications that it has on international politics. I argue that the likelihood of the European Union turning into

* **Correo electrónico:** danorve@gmail.com

Recibido: 01-07-2011

Aprobado: 18-03-2012

de que la UE se convierta en el heredero de la hegemonía estadounidense dependerá en última instancia no solo de su proyección internacional, sino de la consolidación de su propia integración. Se concluye que dadas su debilidad militar y falta de una política energética coherente, difícilmente podrá convertirse en un hegemón global.

Palabras clave

Unión Europea; hegemonía; política energética

the heir of the United States will ultimately depend, not on its international projection but on the depth of its own integration process. I conclude that it can hardly expect to become a global hegemon given its military weakness and its lack of a coherent energy policy,

Key words

The European Union; hegemony; energy policy

A pesar de que al finalizar la Guerra Fría fue cosa común entre los internacionalistas hablar del advenimiento de un mundo unipolar, algunos autores consideran que en realidad la era que siguió a la caída del muro de Berlín lejos está de caracterizarse por la monopolaridad estadounidense. John Saxe-Fernández considera que el verdadero momento unipolar o monopolar se dio, no a partir de la caída del muro de Berlín, sino en el período inmediato al fin de la Segunda Guerra Mundial, específicamente entre 1945 y 1949 (Saxe-Fernández, 2011:355-356). Considera que producto de una serie de factores como el lanzamiento de la primera bomba soviética en 1949, el triunfo revolucionario en China, la Guerra de Corea y el auge de nuevos competidores económicos, sería un error hablar de un mundo monopolar, aun terminada la gran pugna político-ideológica que dividió al mundo en dos bloques.

Si partimos del entendido de que el actual orden internacional no es monopolar y que Estados Unidos, a pesar de su primacía militar, cuenta con fuertes competidores económicos, comerciales, políticos y tecnológicos, podríamos contemplar un par de posibilidades:

- 1) El relevo hegemónico de Estados Unidos
- 2) Un mundo multipolar, en el cual no exista un Estado hegemónico

En cualquiera de los dos supuestos se habla de varias opciones. Dentro de la primera opción, las *polities* que parecen tener mayor consenso son China y la Unión Europea (UE). Respecto a la segunda posibilidad, se contemplan como polos (no hegemónicos) de poder a Japón, India, Rusia, Brasil y Sudáfrica, o bien alguna de las posibles combinaciones derivadas de los BRICS- BR-I-C (Renard,

2009:3)¹, RIC (Gutiérrez, 2011)², etc. Sin desconocer la fortaleza de China como posible actor hegemónico ni menospreciar las opciones, bastante reales, de un sistema internacional multipolar, el presente trabajo, por razones de espacio, se limita a una evaluación de la viabilidad de la UE como uno de los posibles relevos hegemónicos.

Desde luego, el poder de un Estado tiene diversos componentes como lo son: la geografía, los recursos naturales, la capacidad industrial, la preparación militar, la población, la moral nacional, la calidad de la diplomacia y la calidad del gobierno (Morgenthau, 1986). A pesar de que todos estos elementos son importantes y reconociendo los riesgos de limitar nuestro análisis a ciertos ámbitos del poderío estatal, el presente trabajo solo tomará en cuenta el sector energético de la UE. El objetivo central es, con base en el análisis de fortalezas y debilidades de la UE, tomando como caso el sector mencionado, determinar hasta qué grado puede esta significar un reto a la cuestionable hegemonía estadounidense, convirtiéndose en un Imperio “benevolente”, o bien en uno más de los polos emergentes que mantendrían un contrapeso al dominio estadounidense.

El análisis del sector energético parece prudente por diversos factores:

1. Porque involucra relaciones de cooperación y de conflicto tanto entre Estados miembro de la UE como con otros países (particularmente con Rusia).
2. Por lo estratégico y medular del sector energético, mismo que es a la economía y a la civilización capitalista lo que es la sangre al cuerpo humano.
3. Porque la escasez de los energéticos, el costo de transportación y la distribución de estos afectan la competitividad de una economía de mercado (Klare, 2003).
4. Porque el limitado número de proveedores de energéticos incrementa la competencia por estos en el escenario internacional (Klare, 2003), lo cual

¹ Thomas Renard considera que hablar del “BRIC” (escribe antes de la adhesión de Sudáfrica) es ilusorio, ya que la verdadera historia de éxito es la de China y probablemente la de India. Asegura que tanto Brasil como Rusia no tienen el mismo nivel de “emergencia” aunque son países emergentes.

² Ana Teresa Gutiérrez, sin desconocer el auge brasileño, considera que debido a razones puramente geográficas solo Rusia, India y China podrán consolidar algún tipo de bloque regional que funja como contrapeso a Estados Unidos.

con frecuencia conduce a conflictos abiertos, así como a consideraciones de seguridad nacional y seguridad humana.

El presente trabajo argumenta que la posibilidad de que la UE se convierta en el heredero de la menguante hegemonía estadounidense, o bien, en palabras de Ivan Krastev (2010), decida conformarse con ser una “potencia jubilada”, dependerá en última instancia no solo de su proyección internacional, pacífica o agresiva, sino de la consolidación de su propia integración. Afirmamos que antes de poder desempeñar un rol protagónico en la palestra mundial, la UE deberá superar los titubeos intraeuropeos que han quedado de manifiesto en los últimos años.

EL RELEVO HEGEMÓNICO

La *pax* americana de la posguerra vio el surgimiento del hegemón estadounidense. Dicho liderazgo estaba anclado en el multilateralismo, la creación y consolidación de organizaciones internacionales y el sistema financiero de Bretton Woods.

No son pocos los autores que consideraron que con el colapso de la Unión Soviética, Estados Unidos se erigió como la “hiperpotencia” indiscutible, el paladín del liberalismo, del libre comercio y de la democracia, con capacidad de intervenir en cualquier lugar y momento, dado el supuesto “unipolarismo” reinante (Pérez, 2007); sin embargo, al interior de la academia se ha vuelto popular la idea de que Estados Unidos experimenta un declive, aunque no hay un consenso en cuanto a la amplitud y la profundidad de este. Se vuelve indispensable entonces, para evitar quedarse en el terreno de las declaraciones y opiniones, operacionalizar tal “declive”.

Escoger indicadores para la evaluación del poder/fortaleza de un Estado puede resultar una tarea arbitraria pero es ineludible. Seleccionamos y adaptamos algunos de los elementos propuestos por Morgenthau hace más de 60 años para contar con referentes para evaluar el declive hegemónico estadounidense: indicadores militares, recursos energéticos y capacidad industrial. Añadimos indicadores comerciales, financieros y fiscales con el fin de tener un entendimiento holístico de la fortaleza/debilidad estadounidense. Después de analizar una serie

de indicadores, la gran mayoría para el período 2006-2010, podemos, de forma sintética, concluir:

1. Estados Unidos sigue siendo la principal potencia militar, aunque no podemos hablar de una hegemonía, toda vez que Rusia es un actor que conserva capacidades disuasivas e, incluso, en ciertos indicadores se ubica arriba de Estados Unidos³.
2. En cuanto a los recursos energéticos, podemos ver que Estados Unidos se encuentra en desventaja respecto a Rusia⁴.

³ Todos los datos analizados fueron tomados de la página web del Banco Mundial y de NationMatser.com. En todos los casos, por razones de espacio no se pueden detallar los resultados. Según datos del Banco Mundial, el gasto militar estadounidense en 2009 seguía siendo el más alto -4,7% (como porcentaje del PIB)- entre los países que, al inicio de este trabajo, hemos considerado como los potenciales relevos hegemónicos o como polos de poder en el supuesto de un orden internacional multipolar. El gasto militar como porcentaje de gasto del Gobierno central, en 2009, también es el más alto entre el grupo de países analizados, aunque está seguido de cerca por el gasto ruso, el chino y el hindú. En cuanto al personal de la Fuerza Aérea, Estados Unidos supera claramente al de todos sus competidores. En cuanto a la exportación de armas (datos de 2005), también Estados Unidos se ubica en el primer lugar mundial. Estados Unidos cuenta con poco más de la mitad de las tropas activas chinas, lo cual es un número (1,4 millones de tropas activas) similar al de India (1,3 millones). El presupuesto de defensa estadounidense (2005) supera claramente al de cualquier otro país e incluso es superior al combinado de todos los países que podrían desafiar el liderazgo estadounidense; sin embargo, existen rubros en los cuales Rusia ostenta una ventaja sobre Estados Unidos como lo son tanques y rompehielos, así como exportación de armas al Tercer Mundo.

⁴ La mayoría de los datos analizados fue tomada de la página web del Banco Mundial y de NationMatser.com. En todos los casos, por razones de espacio no se pueden detallar los resultados. Se puede apreciar un crecimiento de 20% en el uso regional de energía estadounidense (Kwh/capita & Twh) entre 1990 y 2008. El crecimiento para China en el mismo período es de 146%; para India, de 91%. Estos datos corresponden a la IEA/OCDE y el Banco Mundial. Para 2009, Rusia ocupaba el primer lugar mundial en la producción de petróleo, mientras que Estados Unidos ocupaba el tercer lugar. China experimentó un crecimiento de 33,46% en la producción de carbón entre 2005 y 2009. Estados Unidos, un decrecimiento de 4,19%. En cuanto a la dependencia energética, el porcentaje del uso energético que importaba Estados Unidos en 2009 era de 22%, si bien es cierto ha disminuido tal dependencia desde 2006 cuando el porcentaje se ubicaba en 28%. El valor para China en 2006 era de 7%, pero no se cuenta con cifras para el año 2009. Mientras tanto, Rusia tiene un superávit de 83% en ese mismo rubro, es decir, no solo puede satisfacer su consumo energético, sino que dispone de energéticos valuados en 83% de su consumo doméstico para la exportación. En cuanto a la producción de energía (medida en Kt de equivalente de petróleo), Estados Unidos ha tenido un escaso incremento pasando de 1.654.354 Kt en 2006 a 1.688.822 en 2008. China tiene un mayor crecimiento relativo y absoluto, pasando de 1.724.413 Kt en 2006 a 1.993.306 Kt en 2008. Estados Unidos sigue siendo el mayor consumidor de petróleo con un estimado de 18,6 millones de barriles diarios (en 2009); sin embargo, a diferencia de lo que pasa en el sector militar, el consumo combinado de los lugares 2 al 7 (China, Japón, India, Rusia, Brasil y Alemania) es superior al de Estados Unidos (el consumo combinado es de 22,9 millones de barriles diarios). Por lo que toca a las reservas probadas de gas natural, las reservas estadounidenses, sextas a nivel mundial, son, aproximadamente, 9 veces inferiores a las de Rusia. En cuanto a la energía nuclear, Estados Unidos cuenta con una clara superioridad en cuanto a reactores nucleares se refiere con 104 reactores en operación; sin embargo, India y Rusia cuentan con un programa nuclear en expansión.

3. El valor agregado de la industria estadounidense (como porcentaje del PIB) también es inferior al de países como Brasil, China, India y Japón (Banco Mundial, 2011)⁵.
4. El desempeño estadounidense en materia comercial, financiera y fiscal, así como en algunos indicadores productivos, dista mucho de reflejar a una potencia hegemónica⁶.

⁵ Para 2006, el valor agregado de la industria, como porcentaje del PIB, era de 22% para Estados Unidos. El mismo valor era de 48% en el caso chino, de 29% en el caso brasileño, 29% en el caso de India, 30% en el caso japonés.

⁶ Todos los datos analizados fueron tomados de la página web del Banco Mundial y de NationMaster.com. En todos los casos, por razones de espacio no se pueden detallar los resultados. En cuanto a la recaudación fiscal, entre los países que podrían desafiar la supremacía estadounidense, solo Japón y China presentan una menor recaudación fiscal como porcentaje del PIB. Por lo que toca al superávit/déficit de efectivo (como porcentaje del PIB), si bien es cierto, existe una tendencia a incurrir en déficit, el déficit estadounidense es el más alto de los países analizados. En el caso ruso, existe un superávit de 5,3% en 2009. En cuanto a las exportaciones de productos de alta tecnología (como porcentaje de las exportaciones de productos manufacturados) también se aprecia una pérdida estadounidense, pasando de 30% en 2006 a 23% en 2009. Es preciso reconocer que incluso este porcentaje, que muestra un deterioro, es muy superior al de Brasil (14%), al de Rusia (9%), al de Alemania (16%), al de India (9%) y similar al de Francia (23%) y Japón (20%); no obstante lo anterior, la diferencia radica en que en los casos de Brasil, China, Rusia, Francia e India existe un crecimiento con respecto a 2006. Estados Unidos mantiene su liderazgo en el gasto en investigación y desarrollo (R&D) como porcentaje del PIB, siendo este de 2,72% en 2007. Esta cifra es casi del doble de la de China (1,44%), más del triple de la India (0,80%) y superior a la de líderes europeos como Alemania (2,54%), Francia (2,04%) y Rusia (1,12%). En cuanto a las compañías nacionales que cotizan en bolsas, tenemos un descenso en el caso estadounidense, pasando de 5.133 compañías en 2006 a 4.279 en 2010. China, Rusia, India y Japón muestran un incremento en el mismo período. Si analizamos el crecimiento del dinero y cuasidineró (porcentaje anual) podemos ver que en 2010 Estados Unidos tuvo un decrecimiento de 1,9%. Todos los demás países analizados mostraron un crecimiento, si bien es cierto, varía desde el magro crecimiento japonés de 2% hasta 24,6% en el caso ruso. El tráfico marítimo de contenedores (equivalente a contenedores de 20 pies) es otro indicador útil para apreciar la actividad comercial de un país. En 2006, Estados Unidos participaba en dicho tráfico con 40 millones de contenedores; para el año 2009 movía solo 34 millones de contenedores; mientras tanto, China pasó de 84 millones de contenedores en 2006 a 105 millones en 2009. Si atendemos a la inversión en infraestructura, podemos ver que entre 2006 y 2009 Estados Unidos vio disminuida su red férrea, si bien es cierto la longitud de esta sigue siendo muy superior (casi tres veces) más larga que la de su más cercano competidor (Rusia). China, por su parte, incrementó en dicho período su red férrea en más de 2.000 kilómetros. En cuanto a la formación bruta de capital (como porcentaje del PIB) también podemos ver un descenso en el caso estadounidense, pasando de 20% en 2006 a 14% en 2009; mientras tanto, China y Rusia presentan incrementos en ese rubro. Si atendemos al ahorro bruto (como porcentaje del PIB), podemos ver un claro decrecimiento del ahorro estadounidense, el cual pasó de 16% en 2006 a 10% para 2009. China registraba 54% en 2009, India 35%, Japón, pese a mostrar un decrecimiento, registraba 23%, Rusia 23% y Brasil 15%. La exportación de bienes y servicios estadounidense (como porcentaje del PIB) también era en 2009 inferior a la de otros países analizados. La cifra para Estados Unidos era de 11%. La inversión extranjera directa también disminuyó en el caso estadounidense entre 2006 y 2010; mientras tanto, aumentó significativamente en el caso brasileño, japonés, ruso y chino. Si analizamos las reservas totales para 2010 (incluyendo divisas y oro), tenemos que las reservas estadounidenses son de, aproximadamente, una quinta parte de las chinas, menos de la mitad de las japonesas y solo ligeramente superiores a las de Rusia y Arabia Saudita. La deuda del Gobierno central estadounidense (como porcentaje del PIB) solo es inferior a la de Francia. El desempleo estadounidense (2009) era mayor al de los otros países analizados.

Como se puede apreciar, sería temerario afirmar que el poderío estadounidense se ha roto o que su imperio colapsa. Es más acertado recuperar a Noam Chomsky, quien advierte que “el poder de estados Unidos se erosiona por todos lados” (citado en Petrich, 2010). Dentro de esta misma noción de erosión del poder de las grandes potencias, tenemos a Paul Kennedy (1989), quien ha advertido de los riesgos que conlleva expandir el gasto militar cuando una economía, como pasa con la estadounidense, muestra señales de agotamiento. Ronald Tammen (2008:320) muestra un entendimiento similar, al considerar que el cambio, uno de los rasgos permanentes de la política internacional, frecuentemente es producto del desarrollo o el declive económico.

Después del 11 de septiembre, si bien es cierto que la supremacía militar estadounidense sigue siendo clara aunque no aplastante, no podemos afirmar que existe un liderazgo estadounidense ni en la cooperación internacional ni en el respeto al derecho internacional. Respecto a la cooperación internacional, en 2005 la ayuda oficial al desarrollo que prestaba Estados Unidos era de 25,6% del total de la ayuda prestada por los países de la OCDE. Mientras tanto, la UE, con una economía similar, doblaba (52,4%) la ayuda estadounidense (Comisión Europea, 2007:55).

Esta preocupación es compartida por varios autores, entre ellos Joseph Nye e Immanuel Wallerstein. El primero considera que el antiamericanismo ha crecido en años recientes y que el poder suave estadounidense sufre un declive como resultado (Nye, 2004:16). El segundo advierte que en la actualidad, Estados Unidos es “una superpotencia solitaria que carece de verdadero poder, un dirigente mundial al que nadie sigue ni respeta y una nación peligrosamente a la deriva en medio de una caos global que no puede controlar” (Wallerstein, 2005:24). Para él, las actuales demostraciones de fuerza estadounidense no son producto de su fortaleza, sino de su debilidad, “enfrentando el declive militar por medio de una escalada increíble de los gastos militares” (p. 16).

Bajo la lógica de Tammen, esta dificultad o imposibilidad para lograr un consenso dentro del sistema internacional lleva a que el poder efectivo de Estados Unidos disminuya. Para Tammen, el poder dominante: primero, debe impedir o prevenir que haya retadores a su posición en la cima de la jerarquía. En segundo lugar, necesita extender la satisfacción tan ampliamente como sea posible, ya que el éxito para lograrlo se acumulará a su favor (Tammen, 2008:320).

Wallerstein (2005: 24) enumera una serie de factores que desde finales de los sesenta comenzaron a minar la hegemonía estadounidense: la Guerra de Vietnam, las revoluciones de 1968, la caída del muro de Berlín y los ataques terroristas de 2001. Después de la desaparición de la URSS, ubica otros tantos elementos que ayudan a sustentar la afirmación de que Estados Unidos ya no es una potencia hegemónica, si bien es cierto es una hiperpotencia militar: Saddam Hussein, un dólar debilitado, los ataques del 11 de septiembre, la negativa en el Consejo de Seguridad en marzo de 2003 a apoyar la guerra en Irak. En síntesis, para Wallerstein, “Estados Unidos ha perdido su legitimidad, y es por eso que no se le puede llamar más hegemónico. Sin importar como lo quieras llamar, no tiene legitimidad ahora y eso es crucial” (Wallerstein, 2003).

Ingo Schmidt (2003), con una aproximación similar, considera que no obstante, en la actualidad, como sucedió al final de la Segunda Guerra Mundial, se considera que la hegemonía política y económica global de Estados Unidos está destinada a durar por siempre; la historia no permanece inmóvil. Al igual que Saxe-Fernández y Wallerstein, considera que en la medida en que otros países capitalistas recuperaron su fortaleza, se convirtieron en competidores activos, pudiendo en no pocos casos lograr rutas de acceso en el dominio estadounidense de la industria, el comercio y las finanzas. Más aún, para Schmidt, la supuesta resurgencia estadounidense como hegemón indiscutible ante la desaparición de la URSS sigue mostrando fisuras.

Wallerstein ve un reto a la hegemonía estadounidense proveniente de al menos dos direcciones: Europa y el noreste de Asia. Ante la severa crisis económica japonesa, de ya varios años, se ha considerado a la UE como un probable retador a la hegemonía estadounidense. Dicha consideración estuvo alentada en gran parte por la exitosa consecución de un mercado único, la introducción de una moneda común y por la expansión de la membresía europea hacia Europa del Este. Ante la perspectiva de un relevo hegemónico o de una hegemonía disputada, Schmidt considera que es natural que Estados Unidos siempre vea con recelo la idea de la integración europea, ya que la percibe como un reto potencial a su papel rector dentro del mundo capitalista.

LA UNIÓN EUROPEA Y SUS FORTALEZAS

El proceso gradual de integración europea, a lo largo de varias décadas, ha representado para muchos internacionalistas la posibilidad de restar fuerza al realismo

político, enfoque predominante durante gran parte del siglo xx. La vertiginosa ampliación de la UE, la consolidación de un mercado común, el derrumbe de las fronteras internas en la mayoría de los países que conforman la Unión, y el icónico euro (hoy en peligro), han permitido que en las últimas décadas proliferen los análisis internacionales que tienen como punto de partida el enfoque interdependentista (Keohane, 1984), así como un renacimiento del institucionalismo (Ruggie, 1998), enfoques más promisorios para la paz que sus contrapartes realistas.

Christian Haas trasciende la visión realista y ve allí, precisamente en lo que otros autores perciben como la debilidad europea, la fortaleza de esta y la esperanza que representa para otro tipo de orden mundial. No parece molestarle mayormente la confusa naturaleza de la UE, sea esta una “Europa de Naciones” (de Gaulle), “un objeto político no identificado” (Delors), una “Federación Europea” (Fischer), “un super-Estado” (Morgan), “un poder normativo” (Manners), o simplemente una “entidad sui géneris” (MacCormick; Haas, 2009).

Para Haas, si bien es cierto que la UE, en apariencia y bajo criterios tradicionales de la centralidad de la autoridad, del uso de la fuerza y de la integridad soberana, resulta ser débil, la efectividad de la UE en varios ámbitos y regiones del mundo es alta. Para él, los resultados de la UE hacen que esté lejos de ser un duende en materia de política internacional. Haas simplemente cree que, como lo aseguraba McCormick, la UE ha redefinido el entendimiento del poder. Bajo este entendimiento europeo, la promoción de la cooperación regional, la promoción de los derechos humanos, de la paz, la gobernabilidad y el imperio de la ley son claves para lograr un orden mundial alternativo.

Por su parte, Dirk Messner (2007) ubica cuatro recursos con los que la UE cuenta para desplegar sus capacidades de gobernanza global:

1. Internacionalmente es reconocida como una potencia internacional civil (no militar) y conciliadora, que promueve el desarrollo de un multilateralismo justo.
2. La UE ayuda a frenar las percepciones antioccidentales que en gran medida han sido desatadas por la violencia del unilateralismo estadounidense, por lo cual su poder moral se puede convertir en poder económico, político e incluso en acciones militares legítimas.

3. Su papel en la transición y transformación, mayoritariamente pacífica, de los países de Europa del Este. Se considera que la UE ha hecho importantes inversiones económicas y políticas para ayudar a mantener la estabilidad y la seguridad no solo en Europa, sino en el sistema internacional.
4. La UE constituye una especie de “laboratorio regional de gobernanza global”. La UE, por medio de instituciones como la Comisión Europea y el Parlamento Europeo, ha logrado gobernar “más allá de los Estados nacionales” (Messner, 2007:2). Messner lo considera el proyecto de cooperación regional más avanzado y más ambicioso en el mundo.

Además de los innegables logros europeos, Europa resulta un caso paradigmático para los estudios de las relaciones internacionales, ya que no se trata de la simple suma de las políticas exteriores de 27 Estados ni de un Estado-nación; tampoco de un ente supranacional.

Algunos datos que sustentan la fortaleza de la UE, por lo menos su fortaleza económica y comercial, son presentados a continuación: la UE participa con 40% del comercio global, su PIB es similar al de Estados Unidos (aproximadamente, 25% del PIB mundial) y es el mayor exportador mundial de ambos, bienes y servicios (Cameron, 2007). La UE ha logrado consolidar un mercado de cerca de 500 millones de consumidores, lo cual le da una ventaja de negociación con otras regiones que ven lo atractivo de dicho mercado.

Su proceso gradual de integración y expansión, pero sobre todo la entrada en vigor del euro como moneda de circulación corriente en gran parte de la UE el 1° de enero de 2002, hicieron en su momento que aquellos que habíamos sido educados bajo los textos de Bela Balassa, y su teoría de las fases de integración, supusiéramos que era tan solo cuestión de tiempo el momento en que Europa completaría el círculo integracionista, constituyendo un nuevo y poderoso Estado-nación. Hoy, la crisis griega, pero también la situación de dependencia energética pone a prueba el proceso de integración y consolidación europeo.

LA UNIÓN EUROPEA: DEBILIDADES O DEUDAS EN EL CASO DEL SECTOR ENERGÉTICO

A nuestro juicio, Paul Magnette (2005:4-5) pone el dedo en la llaga al señalar que, durante siglos, los pensadores legales o políticos han acordado que solo existen

dos formas de lograr la unión entre Estados: la confederación o el Estado federal. No hay lugar en este entendimiento multiseccular para una tercera vía. Como podemos ver en el caso europeo, la herencia westfaliana parece pesar mucho aún. El resultado de la disyuntiva, según Magnette, es el siguiente: si se forma un Estado común, los Estados agregados se disuelven; si no lo hacen, preservan su soberanía, dejando solo formas laxas de cooperación internacional. Así, cualquier forma estatal que no caiga en alguna de las dos categorías es una “anomalía” inevitablemente transitoria. Una unión híbrida será, ya sea disuelta o centralizada, supuesto bajo el cual, tarde o temprano, le dará la forma de un Estado (Magnette, 2005:5).

El eterno debate resulta ser más comprensible si incorporamos al análisis de la formación institucional y de su fortalecimiento o debilidad, una perspectiva tanto realista como utilitaria. Desde esta óptica vale la pena recuperar a algunos historiadores de la construcción europea como Milward (2000) y Moravcsik (1998), para quienes las negociaciones de los primeros tratados europeos siempre fueron conducidas bajo la lógica del utilitarismo, en la cual cada gobierno buscaba, antes que nada, promover sus propios intereses económicos y comerciales, deteniéndose siempre la integración, cuando el choque de intereses empezaba a florecer. Las visiones, ideas y reflexiones sobre el futuro europeo solo jugaba un papel limitado en los momentos fundacionales y refundacionales (Magnette, 2005:9).

Ingo Schmidt (2003) también considera que desde sus inicios la integración europea estuvo concentrada principalmente en la creación de una región económica unificada.

La debilidad europea casi siempre ha sido evidente en lo que toca a la política exterior, la política militar y la política energética. No en vano, durante la primera guerra del golfo Pérsico, en 1991, la falta de una voz europea unísona llevó a que el canciller de Luxemburgo, Jacques Poos, se refiriera a “la insignificancia política de Europa” (citado en McCormick, 2005:212). En declaraciones casi paralelas, el canciller belga Mark Eyskens consideraba la falta de una respuesta común como una muestra de que la comunidad europea era “un gigante económico, un duende político y un gusano militar” (*New York Times*, 1991).

Cuando se ha intentado construir una política exterior europea común, los líderes de la UE han tirado en dos direcciones. Por un lado, es claro que la UE tendría mayor poder e influencia en el mundo si sus Estados miembro actuaran como un grupo. Por otro lado, ha existido el miedo de que la coordinación interfiera con la

libertad de los Estados miembro de abordar asuntos de interés nacional más que europeo, lo cual sería una “rendición de soberanía nacional”. Para McCormick (2005:209), queda claro que la tensión entre ambas fuerzas ha minado los intentos de construir posiciones políticas comunes, ya no digamos una política exterior común. Así, la paradoja y la tensión europea reside en que por un lado tenemos el nacionalismo europeo, reflejado en los asuntos de defensa y asuntos internos de seguridad, y por otro lado está presente el europeísmo, reflejado en el comercio, en donde sí se promueven los intereses colectivos. La realidad para Paul Magnette (2005:4) es que la coexistencia de la cooperación y la soberanía ha llevado a malos entendidos e inconsistencias. Ese híbrido llamado UE, por un lado nacionalista y defensor de la soberanía, y por otro tendente hacia la cooperación y el europeísmo, hace posible hablar de una soberanía cooperativa.

Es un hecho que al día de hoy los países motores de la UE son los entes más renuentes ante la idea de una UE más profunda. La idea de que el Tratado de Lisboa transfiera mayores poderes al comando de Bruselas genera poco entusiasmo en muchos países, o por lo menos entre las élites económicas y políticas, que suelen presentarse como una voz unitaria, cuasi monolítica de sus poblaciones. En Reino Unido, por ejemplo, el ahora primer ministro David Cameron, antes de ser electo pidió pasar una serie de medidas que limitarían una ulterior transferencia de autoridad de Londres a Bruselas, y que permitiera al Reino Unido optar por evadir la normatividad europea en lo que se refiere a la política social, la justicia criminal y el empleo. Para Eizenstat y Luzzato (2010), las propuestas de Cameron son importantes, pasen o no, debido a que se pone de manifiesto el hecho de que el Tratado de Lisboa, y en consecuencia la UE, serán efectivos solo en la medida en que los políticos y los votantes de los Estados miembro abracen la integración en lugar de conservar y privilegiar sus prerrogativas nacionales. A finales de 2011 el escenario más probable apunta hacia una posible involución de la integración, más que hacia la profundización del proceso integratorio.

La expresión “La Europa de las dos velocidades”, que se refiere a la posibilidad de que ciertos países de la Unión Europea pudieran gestionar una integración mayor a todos los niveles, mientras que otros avanzarían más despacio en la adopción de las políticas comunitarias, fue empleada desde la última década del siglo xx. Actualmente, ha sido retomada para explicar el proceso por el cual la dupla francogermana (Merkel-Sarkozy) encabeza las decisiones adoptadas por la UE, desplazando de cierta forma a la Comisión Europea. Según Andrzej Krauze:

El desarrollo de la cooperación económica, los regímenes de ayuda e incluso la aplicación de sanciones dentro de la zona euro ahondarán inevitablemente la división de la Unión convirtiéndola en una Europa que avanzará a dos velocidades diferentes, en la cual Polonia y otros países externos a la zona euro podrían convertirse en miembros periféricos, menos integrados y menos escuchados (Krauze, 2010).

Uno de los principales rubros que pueden ayudar a entender las dificultades y contradicciones que Europa atraviesa, sin demeritar sus logros y fortalecimiento institucional, es representado por el sector energético, que a decir de los discursos y prácticas, parece a cada momento obligarnos a cuestionar seriamente el “europeísmo” de la política energética, la cual es más comprensible desde lo nacional, desde la particularidad de los intereses y desde un enfoque realista, que desde la visión institucionalista que, como ya hemos señalado, parece predominar después de la Guerra Fría.

Para 2004, la UE se autoproveía con 59% de su consumo de gas, mientras Rusia solo proveía 24% de la demanda europea; sin embargo, recientes pronósticos de Eurogas, la asociación comercial de las industrias de gas de la UE, pronostican que la dependencia del gas extranjero aumentará a 59% para 2010, 71% para 2015 y 87% para 2025 (Walker, 2007:4). En 2006 la UE era el principal importador mundial de energía, con una dependencia creciente del crudo y del gas natural. Se calcula que el consumo total de energía de la UE pueda crecer 25% en un período de 30 años y, de no adoptar nuevas medidas, la UE tendrá que importar 71% de su energía para 2030, en comparación con 50% en 2006 (Geden et al., 2006:5). Información de octubre de 2011 reporta que la UE importa más gas y petróleo que Estados Unidos y China juntos (Europa importa más de 80% de su petróleo y 60% de su gas). Más aún, se asegura que la dependencia crecerá con toda certidumbre, toda vez que la producción europea de hidrocarburos decae (Vatansver, 2011).

En el caso del gas natural, como podemos atestiguar en el siguiente cuadro, el grado de dependencia varía notablemente de país a país, lo cual de entrada complica el establecimiento de una política paneuropea. No se puede hablar de la UE como un monolito. Existen divergencias respecto a la dependencia del gas ruso entre Europa occidental y Europa del Este. En esta última, algunos países son prácticamente dependientes en su totalidad de las importaciones rusas. Incluso, dentro de Europa occidental la situación varía. Mientras Finlandia, Austria, Alemania, Italia y Francia son importantes importadores de gas ruso, las importaciones

de gas ruso en países como Bélgica, España, Portugal o Reino Unido, o bien son insignificantes o son inexistentes.

Cuadro 1
Dependencia del gas ruso

País	Dependencia del gas ruso (%)
Francia	21
Italia	31
Alemania	43
Eslovenia	60
Austria	73
Eslovaquia	73
República Checa	74
Polonia	79
Hungría	81
Grecia	82
Finlandia	100
Estonia	100
Letonia	100
Lituania	100

Fuente: Elaboración propia basada en datos de www.energy.eu

En materia energética, las tres principales potencias europeas han permanecido fuertemente nacionales, escépticas ante la posibilidad de delegar a Bruselas un elemento neurálgico para el óptimo desempeño de sus economías nacionales. Reino Unido ha manifestado abiertamente su negativa a transferir una nueva competencia a la UE. Alemania y Francia, a pesar de simpatizar con el proceso para una política energética europea (EEP, por sus siglas en inglés), no desean ver el surgimiento de una política más sustanciosa (Geden et al., 2006:15).

Smith (2008) asevera que muchas personas en Europa del Oeste actúan como si la “Europa verdadera” solo incluyera a los países ubicados al oeste de la frontera germano-polaca. Asegura que los conflictos entre Rusia y Europa central muchas veces son tratados como si fueran simples remanentes de la Guerra Fría, o bien se culpa a los nuevos países de la UE por tener “relaciones pobres” con Rusia. La división entre la vieja y la nueva Europa quedó plasmada en la cumbre de la UE en Helsinki, en noviembre de 2006. El Gobierno polaco, apoyado por el

lituano, declaró que vetaría la propuesta para un acuerdo sobre una nueva sociedad económica entre Rusia y la UE, que era fuertemente respaldado por Alemania y Francia (Walker, 2007:2).

Smith además advierte que solo una parte muy pequeña del periodismo de investigación, tanto en Estados Unidos como en Europa, se ha dedicado a cubrir las prácticas poco transparentes, así como los beneficios financieros que individuos de la élite económica y política, o bien de las empresas energéticas europeas, han recibido por parte de Rusia (Smith, 2008:9).

Smith (2008:14) considera que no solo Alemania no ha intentado resistir las arbitrariedades rusas, sino que sus propias compañías se han mostrado renuentes a liberalizar su mercado doméstico, impidiendo de esta forma una mayor competencia proveniente de otros Estados miembro de la UE. Acusa a Alemania, Francia e Italia de unirse para detener la reforma del mercado energético dentro de la UE. En el caso alemán, asegura que ese país ha obstaculizado políticas coordinadas al interior de la OTAN para reducir la dependencia energética.

Las crisis energéticas de 2006 y 2009 expusieron al interior de la UE varias deficiencias en los esfuerzos de la UE por construir un mercado energético común. Como señala Joshua Chaffin, el estancamiento energético entre Rusia y Ucrania sirvió a los ciudadanos europeos como un escalofriante recordatorio de la incapacidad europea para movilizar fácilmente el gas y la electricidad por el continente (Chaffin, 2011). La respuesta europea se ha dado, eso es innegable; sin embargo, dicha respuesta no se ha dado al unísono ni ha demostrado a la fecha un verdadero consenso. En realidad, no es la ausencia de un marco jurídico o de documentos en materia energética lo que mantiene a la UE en un estado de inseguridad energética. La UE cuenta con una serie de documentos legales⁷ que hacen pensar en la posibilidad institucional de adoptar una política energética común y congruente frente al exterior, lo cual le daría un poder de negociación considerable, así como cierto grado de inmunidad ante crisis energéticas como las de 2006 y 2009. Sin embargo, las aproximaciones europeas a una política energética común han sido frustradas

⁷ Entre los documentos que aparecen en el sitio web de la UE se encuentran varios memorandos de entendimiento para una sociedad energética con Egipto, Turkmenistán, Azerbaiyán, Kazajstán, Marruecos, Jordania. Así mismo, se cuenta con el libro verde, la Carta Energética, un documento sobre relaciones energéticas externas de 2006, un documento sobre una estrategia energética para Europa de 2007 y una segunda estrategia energética con un plan para la acción solidaria de 2008,

por los gobiernos nacionales, algunos de los cuales desean mantener la cuestión energética como una competencia nacional. En el corazón de este impedimento están los grandes países europeos, especialmente Alemania, que se ha retirado del enfoque comunitario y desarrolla sus propias relaciones bilaterales con Rusia, construyendo para sí una “relación especial” (*Open Democracy*, 2006:2).

Martin Walker condena la tibieza europea en la elaboración de una política energética congruente. Señala que durante la cumbre de la UE-Rusia en Helsinki lo que se hizo fue adoptar audaces planes para el desarrollo de energías renovables y objetivos para la reducción de emisiones de gases invernadero. Sin embargo, en el documento final de la cumbre no existe una sola mención acerca de la reorganización de los monopolios energéticos nacionales de los miembros de la UE, lo cual es lógico, ya que los grandes países están ansiosos por proteger a los gigantes energéticos nacionales (Walker, 2007:6).

La realidad es que más allá del factor “ruso” la UE, en materia energética, no ha estado a la altura de su proceso de integración en otras esferas. Independientemente de que la gigantesca compañía rusa Gazprom tiene un interés racional en mantener el control monopólico de los ductos y de los recursos en Rusia, así como contar con un socio central estable para sus contratos (Alemania), para los germanos también resulta importante no solo acabar con su incertidumbre energética, sino también recibir las rentas por la transportación del gas que de otra forma deberían de ser compartidas con los países de Europa del Este (*Open Democracy*, 2006:3). Vemos, pues, que la existencia de una comunidad económica no anula de ninguna manera los intereses de compañías individuales ni de países que son parte de un proyecto presuntamente posnacionalista y posrealista.

El panorama para una política energética común se complica aún más si tomamos en cuenta que las “mezclas” energéticas⁸ varían en los diferentes países de la “comunidad” europea. El sentido de homogeneización comercial, fronteriza, monetaria y fiscal europeo no está presente en el uso de energéticos. Existe una división nuclear en la UE. A pesar de que casi 15% (14,6%) de la energía de la UE (datos de 2003 de la International Energy Agency) proviene de la energía nuclear, por lo menos una decena de los países miembro nunca han utilizado la

⁸ Por mezclas energéticas nos referimos al tipo de combustibles o energías que un país utiliza para cubrir sus necesidades energéticas.

energía nuclear y otros tantos han optado por su abandono. Ocho países de la UE apoyan el uso de esta (Francia, Reino Unido, Finlandia, Lituania, República Checa, Eslovaquia, Hungría y Eslovenia). Solo Francia y Finlandia han decidido construir nuevas plantas nucleares (Geden et al., 2006:5). Alemania, Austria, Dinamarca, Grecia, Irlanda, Italia y Holanda están entre los países que, o bien no tienen plantas nucleares, o están en el proceso de retirarlas. En el caso francés, su inversión en energía nuclear es considerable (41% del consumo energético total). La energía nuclear ayuda a la generación de $\frac{3}{4}$ partes de la electricidad francesa (uno de los porcentajes más altos en el mundo), (Geden et al., 2006:7). En lo que toca a Europa del Este, existen planes para la construcción de nuevos reactores en varios países excomunistas (Chase, 2008). Polonia, dada su alta dependencia energética de Rusia, ha optado por una política energética basada en los recursos nucleares como una condición indispensable para el desarrollo del país. Polonia contempla la construcción de al menos tres plantas nucleares para 2030 (Geden et al., 2006:8).

A pesar de que la mayoría de los ciudadanos europeos se manifiesta en contra de un futuro nuclear, no hay un consenso entre los gobiernos. Los países “nucleares” argumentan que sin los reactores atómicos, la UE no podrá cumplir con sus metas de reducción de emisiones de CO₂, además de que aumentaría su dependencia respecto a los recursos extranjeros. El alza de los precios de los energéticos, y las crisis con Rusia, coadyuvan a la argumentación de los “nucleares” (Chase, 2008).

A la par de los diferendos al interior de la UE en materia energética, existen avances. El 25 de junio de 2009 el Consejo Europeo adoptó un tercer paquete para una mayor liberalización del mercado energético europeo, lo cual, en apariencia, es una señal de que la UE está lista para emprender acciones en el sector energético. Esta nueva directiva podría ser un paso más hacia una política energética europea y un mercado común europeo. Entre los objetivos de este paquete, además de liberalizar el mercado del gas para mejorar la competencia, la transparencia y la eficiencia del sector, está establecer una política energética más durable, ofrecer a los consumidores una mayor cantidad de proveedores, integrar los diferentes mercados en uno, mejorar la solidaridad regional y la cooperación, así como garantizar la seguridad en el aprovisionamiento. Esto, en teoría, llevaría a un mercado interconectado y mejor equipado para reaccionar ante los vaivenes del mercado energético. La adopción del paquete prevé que, en caso de escasez, sería más sencillo para los Estados miembro comprar en otros mercados, ya que las diferentes

infraestructuras estarían armonizadas, y cualquier compañía de la UE tendría el derecho de vender gas en cualquier Estado miembro en condiciones iguales a las de las compañías nacionales existentes (De Jaegher, 2009). No obstante la adopción de este paquete, después de importantes deliberaciones, lo cierto es que en Francia y Alemania existe una reticencia a la plena adopción de las medidas, por lo cual se introdujeron una serie de enmiendas y candados al paquete original. Producto de la insistencia francesa y alemana, el paquete aprobado es uno que está fuertemente “parchado” y que no ha logrado atacar el núcleo de los intereses nacionalistas en materia energética. Así, en lugar de que la legislación permita una mayor competencia, la realidad es que los grandes consorcios pueden mantener sus acciones y posesiones en las diferentes partes de las cadenas de producción y distribución, con la salvedad de que se ha generado una serie de instituciones vigilantes que supervisará de manera presumiblemente autónoma que las empresas no monopolicen ni controlen el mercado. Para esto se ha introducido la figura de los ISO (Independent System Operator) encargados de tomar decisiones comerciales y de inversión. Gracias a la presión de los países ya mencionados, estos operadores independientes serán nombrados por los gobiernos nacionales, previa aprobación de la Comisión Europea (Euractiv.com, 2010).

En realidad, el único logro real del tercer paquete liberalizador es la armonización y fortalecimiento de los poderes reguladores nacionales, lo cual permitirá que las decisiones de los reguladores sean vinculantes, así como el establecimiento de infracciones a las compañías que no acaten las nuevas regulaciones. Respecto a los paquetes para la liberalización del mercado energético europeo, Chaffin identifica el meollo del problema: “La Comisión ha tomado acción legal para intentar forzar sus decisiones; sin embargo, la meta más amplia es convencer a los gobiernos nacionales de que el relajamiento de su control sobre su propio sector energético fortalecerá, en lugar de debilitar, la seguridad del bloque en conjunto” (Chaffin, 2011).

Paralelo a estos avances comunitarios, tenemos el desafortunado auge de acuerdos bilaterales que hacen peligrar la estrategia europea. En 2005, Rusia y Alemania acordaron la construcción del Nord Stream, que cruzará el Báltico, a pesar de la fuerte oposición de Polonia, los tres países bálticos y Suecia. La oposición polaca ha sido tal que el ministro polaco de relaciones exteriores, Radoslaw Sikorski, ha comparado el acuerdo ruso-germano para la construcción de Nord Stream, con el pacto Molotov-Ribbentrop de 1939, mediante el cual la URSS y Alemania se dividieron enormes partes de Europa.

El divisionismo europeo y la primacía de los acuerdos bilaterales *vis-à-vis* los comunitarios han generado una sensación de debilidad europea entre los competidores externos. Así, George Sura advierte: “Rusia se ríe de nosotros porque estamos divididos... Ya sea que se trate de comercio, energía u otras áreas, necesitamos un frente unido. No podemos, por ejemplo, pretender que *Nord Stream* es sólo un asunto económico que no afecta a Polonia” (citado en Blomfield, 2009).

Lo peor, asegura Keith Smith (2008:6), es que careciendo de la competencia para aprobar o desaprobado el proyecto, tanto el entonces comisionado europeo de energía, Andris Piebalgs, como el presidente de la Comisión Europea, José Manuel Durão Barroso, manifestaron públicamente su apoyo al proyecto. Esto habla de la falta de coordinación europea y de un proceso de pugna entre las legislaciones europeas y las nacionales, que incluso para los máximos dirigentes europeos genera un entramado bastante confuso.

El equivalente sureño de Nord Stream es South Stream, proyecto copropiedad (en partes iguales) de Gazprom de Rusia y de Eni de Italia. En septiembre de 2009, EDF de Francia manifestó su interés por adquirir 10% del proyecto.

Por último tenemos el proyecto Nabucco, que ha sido escogido por las instituciones de la UE como proyecto icónico para la liberación de las ataduras que esclavizan hoy a Europa. De hecho, gran parte de la filosofía energética europea queda plasmada en el nombre mismo del proyecto, el cual toma su nombre de una ópera de Verdi, cuyo tema es la liberación de la esclavitud (Marquand, 2009)⁹. Para Mark Rowley (2009:72), en realidad Nabucco tiene una relevancia más simbólica que real para la reducción de la dependencia europea del gas ruso, por lo cual el valor real de Nabucco no está en el gas que pueda transportar, sino en el crear un precedente para otras acciones europeas coordinadas, quizá en materia militar, de seguridad común y en general en materia de política exterior. La realidad es que, de llegarse a poner en funcionamiento, Nabucco no sería una medida paneuropea, sino más bien de la parte de la UE que ha quedado huérfana ante las decisiones alemanas, francesas e italianas de mantener una política energética nacionalista.

⁹ Nabucco, con una longitud cerca de 3,3 mil kilómetros, una capacidad de tráfico de alrededor de 31 mil millones de metros cúbicos de gas anuales, y un costo preliminar de 8 mil millones de euros, plantea el suministro de gas a Europa procedente de Azerbaiyán, Turkmenistán, Irán y posiblemente Irak.

La poca viabilidad de Nabucco es puesta de manifiesto por los rusos. En julio de 2009 el jefe del Fondo de Seguridad Energética Nacional Rusa, Konstantin Simonov, se mofaba del acuerdo, considerándolo “tan solo un pedazo de papel” (Marquand, 2009). Giles Merritt también evalúa la viabilidad de Nabucco: “Hemos mantenido una alta retórica, pero ahora necesitaremos definir los detalles... La solidaridad de las naciones de la UE, ahora será puesta a prueba” (citado en Marquand, 2009).

2011 ha sido un año de nuevas propuestas europeas ante lo que parece ser una toma de conciencia de la importancia que tiene para la UE contar con una política exterior en materia energética, independientemente de que Europa desee convertirse en un polo significativo de poder o bien en un hegemon. En septiembre, Sonja Van Renssen (2011b) notaba:

Por primera vez, Bruselas está tomando pasos concretos para arrebatar el control de la política energética externa a los Estados miembros de la UE. Para empezar, la Comisión Europea quiere monitorear todos los acuerdos energéticos intergubernamentales entre sus Estados miembros y terceros países. En el largo plazo desea que se le permita negociar acuerdos energéticos en nombre de la UE.

La medida adoptada por la Comisión Europea no solo establece un mecanismo para el intercambio de información, sino que la Comisión se asigna a sí misma un papel activo en la negociación de acuerdos energéticos con otros países. Prueba de lo anterior es el hecho de que, poco después de aprobada la propuesta, el Consejo Europeo aprobó un mandato para que la Comisión Europea negociara un acuerdo marco con Azerbaiyán y Turkmenistán para un gasoducto prospectivo que conecte a la UE con el mar Caspio (Vatansever, 2011).

En octubre de 2011 la Comisión Europea lanzó una propuesta para estimular la construcción de importantes proyectos de nueva infraestructura eléctrica, petrolera y gasífera. El objetivo primario de la propuesta es establecer varios “proyectos de interés común”, que gozarían del beneficio de la negociación por medio de procedimientos *fast-track*. De funcionar la propuesta se lograría anular los complejos procedimientos nacionales que hasta hoy existen en varios países miembro. La propuesta tiene como objetivo poner presión sobre los reguladores energéticos nacionales para otorgar incentivos financieros a los inversionistas, así como establecer condiciones que permitan recibir subsidios especiales de la UE para tales proyectos. Según Van Renssen:

Hasta la fecha, los intereses nacionales e incluso los locales, siempre han dominado las decisiones infraestructurales europeas. Lo que la Comisión está proponiendo es una aproximación verdaderamente europea, una que adopta una amplia visión continental sobre en dónde se requiere inversión (Van Renssen, 2011a).

La importancia de las recientes propuestas europeas para contar con una política energética exterior de 2011 es mejor explicada por Günther Oettinger, comisionado de energía de la UE:

Cuando ves que algo así como 60% del gas natural es importado de terceros países y en lo que toca al petróleo 80%... es perfectamente claro que el éxito de cualquier política energética depende de una exitosa política energética externa común por parte de la UE [...] Si hablamos con una voz, pienso que tenemos entonces un peso [en las negociaciones] completamente diferente (citado en Van Renssen, 2011b).

Las propuestas presentadas por Oettinger, el 7 de septiembre, son una continuación a las iniciativas de jefes de Estado de la UE. El elemento más concreto de estos nuevos planes es una propuesta legislativa para que los Estados miembro hagan que todos los acuerdos energéticos, tanto nuevos como los existentes, con terceros países, pasen a la Comisión Europea. La Comisión estima que en la actualidad existen alrededor de 30 acuerdos intergubernamentales en materia de petróleo y el doble de estos en materia de gas (Van Renssen, 2011b).

Lo que está en juego en el caso europeo, en lo que toca a la política energética, no es simplemente la adopción de una política energética unificada, sino algo más serio aún. En opinión de Smith (2008:24), si la UE no es capaz de montar una política de competencia más agresiva, por ejemplo, ante el desafío ruso, perderá gran parte de su capacidad para conducir al continente a una mayor cooperación e integración.

Podemos presagiar que la política energética europea tendrá efectos en otros dominios de la UE. Por lo mismo, debe ser coherente y complementaria con otros ámbitos políticos, por lo cual la coordinación es crucial. La energía y el medio ambiente, en palabras de Pieter de Jaegher, son los retos para la UE en el siglo XXI, y tienen el potencial de revitalizar el proceso de integración europeo. Podrían ser tan importantes como la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) alguna vez lo fue. Es claro que una política exterior enfocada solamente en la

cuestión energética no funcionará, pero sí podría tener un efecto “desbordador” para el desarrollo de una genuina política exterior europea. En la misma tesitura, Geden, Marcelis y Maurer (Geden et al., 2006) comentan una paradoja europea: a pesar de que la Comunidad Europea tuvo sus inicios con la existencia de la CECA, los miembros de la UE han esperado un largo tiempo para lanzar una política energética común.

¿QUÉ TIPO DE OPCIÓN REPRESENTA EUROPA PARA EL MUNDO?

Después de hacer un repaso de algunos de los innegables logros de la UE en los últimos 60 años, pero también de denunciar lo que son sus principales limitantes o deudas para consigo misma, es preciso preguntarnos: dadas sus fortalezas y debilidades, ¿qué tipo de opción representa Europa para el mundo? Ante lo que parece ser un gradual pero inminente declive de la hegemonía estadounidense, ¿es Europa el futuro hegemon que habrá de relevar a Estados Unidos o será uno más entre los múltiples polos de poder que se perfilan para el próximo orden mundial?

Teresa Pérez, al referirse a la alternativa europea ante la decadencia de la hegemonía estadounidense, considera que el proyecto hegemónico alternativo difiere del estadounidense fundamentalmente en los siguientes planteamientos:

1. La UE difiere de la política estadounidense, ya que el proyecto integrador europeo descansa en la idea de la “paz perpetua”, es decir, la idea de la cooperación para el desarrollo armonioso de los países en busca de mantener la paz¹⁰.
2. El respeto a las instituciones, al derecho internacional y al espíritu de la cooperación multilateral.

¹⁰ En lo personal, no comparto esta visión de la Unión Europea como hegemón benevolente. Teresa Pérez asegura que producto del sufrimiento europeo, actualmente existe en Europa un repudio hacia el colonialismo y las políticas confrontacionales. En realidad, la historia europea hasta la mitad del siglo xx es poco promisoría en cuanto a una región del mundo respetuosa de los derechos de los demás pueblos, entre ellos el respeto a otras culturas, lenguas y a la autodeterminación. No debemos olvidar que lo que se nos ha enseñado como Primera y Segunda Guerra Mundial, en realidad fueron guerras intraeuropeas que acabaron arrastrando a países de otros continentes. Si aunamos a lo anterior el genocidio (incluyendo la imposición religiosa, la imposición de lenguas, etc.), habría aún que ver si una Europa resurgente y poderosa al buscar expandir sus capitales y rivalizando con los de otros países no retomaría el rumbo del colonialismo tradicional. La participación europea, dentro de la OTAN, en las operaciones de 1999 contra Serbia y las de 2011 contra Libia, ilustran la posibilidad real de ver una Europa crecientemente belicista.

3. El desarrollo de las regiones, tanto de los nuevos miembros de la UE como de regiones aledañas a la UE.
4. El desarrollo sustentable *versus* el desgaste medioambiental que parece no tener gran relevancia para Estados Unidos.
5. El “sueño europeo” pretende implantarse a través de políticas de desarrollo en el mundo. En esta visión, “los grandes capitales contribuyen al desarrollo de la población para con ello alcanzar una sociedad estable, pacífica y productiva” (Pérez, 2007:315).

Pérez (2007:316) concluye que, al ser un promotor del respeto al derecho, programas de desarrollo, cooperación, etc., la cara humana de la integración europea puede conseguir adeptos que dificulten el proyecto globalizador estadounidense. En síntesis, considera a la alternativa europea como viable ante el modelo depredador estadounidense.

Ronald Tammen, reflexionando sobre el legado de Abramo Organski, asegura que, contrario al entendimiento dominante dentro de las relaciones internacionales, uno que asegura que un mundo multipolar, caracterizado por un balance de poder, es el mejor mecanismo para mantener la paz, considera que la existencia de un poder dominante no necesariamente busca incrementar su poder a expensas de otros Estados, sino que puede encontrar provechoso controlar el sistema internacional desde una lógica de cooperación, no descartando la compartición del poder (Tammen, 2008:317-318). Bajo esta lógica no sería malo un relevo hegemónico de Estados Unidos por parte de la UE, siempre y cuando la UE actuara como una potencia herbívora, en palabras de Mark Leonard e Ivan Krastev. Como señala Tammen, a pesar de que Organski puede ser entendido como un realista, por su enfoque en la medición del poder nacional, también incorpora elementos de análisis liberales, neoliberales e incluso constructivistas (p. 318). El argumento de los simpatizantes del relevo europeo como actor dominante del sistema internacional parece descansar en la lógica ya mencionada, una en la cual “la probabilidad de guerra disminuye bajo condiciones de preponderancia en general y específicamente en donde hay una preponderancia aparejada con una amplia aceptación del *statu quo* o satisfacción con el estado del sistema internacional” (p. 318).

No podemos negar que, en parte, este “eurooptimismo” está fundamentado en cifras claras que enaltecen la cooperación que brinda. Como destacan Peterson

y Smith (2008), si añadimos la ayuda comunitaria al desarrollo, por medio del European Development Fund, a la ayuda brindada por los Estados miembro (de forma individual), entonces la UE es el principal contribuyente a la ayuda para el desarrollo en el mundo, contando con 55% de la ayuda global al desarrollo. La ayuda oficial estadounidense (25,6%) como porcentaje de la ayuda total prestada por los principales países de la OCDE es menor a la mitad de la europea (Comisión Europea, 2007:55).

Leonard y Krastev (2007) consideran que la alternativa europea resulta popular y atractiva en diferentes regiones del mundo. Tomando como referencia una encuesta mundial¹¹, concluyen que los habitantes del mundo están a favor de aquellas políticas que conduzcan a un mundo multipolar en donde haya un mayor papel para las “potencias herbívoras”, es decir, países que no son percibidos ampliamente como superpotencias militares, por lo cual tampoco los respondientes favorecen un simple relevo de Estados Unidos por países que perciben como militaristas –China, Rusia e Irán, entre otros.

Para Christian Haas, el hecho de que la UE sea caracterizada como un poder normativo o como un poder suave¹², entendido esto como la ausencia de capacidades para conducir una política de seguridad y de defensa tradicional, realista, no es nada que lamentar. De hecho, advierte que la UE no busca contar con esas capacidades en lo absoluto y que su interés reside en ejercer influencia por medio del poder suave. Tammen también parece apoyar esta percepción positiva de la UE, toda vez que desde su visión los mecanismos para proyectar el poder suave de un actor dominante son esenciales para ejercer un dominio efectivo. Más aún, destaca que dentro de la teoría de la transición de poder, además de ser efectivos, los mecanismos del poder suave son más económicos, además de lograr ampliar la satisfacción de otros actores del sistema internacional (Tammen, 2008:318-319).

¹¹ Dicha encuesta fue conducida por Voice of the People for the European Council on Foreign Relations y se basó en entrevistas a 57.000 personas de 52 países. Los resultados fueron dados a conocer el 25 de octubre de 2007. Entre los hallazgos de dicha encuesta tenemos los siguientes: en el caso ruso, 29% desea ver una reducción de su poder, mientras que 23% quisiera ver un incremento de este; en el caso chino, 32% desea ver una reducción de su poder, mientras que 24% quisiera ver un incremento de su poder; en el caso estadounidense, 37% desea ver una reducción de su poder, mientras que 26% quisiera ver un incremento de este; por lo que toca a la Unión Europea, 35% desea ver un incremento de su poder, mientras que 20% quisiera ver una reducción de su poder. Otros países a los que los entrevistados quisieran ver incrementar su poder son India, Sudáfrica y Brasil; en el caso de Irán, los entrevistados desearían que fuera menos y no más poderoso.

¹² El poder suave es definido como “la habilidad de obtener lo que uno quiere por medio de la atracción en lugar de la coerción [...] Parte del atractivo de la cultura, las ideas políticas y las políticas de un país” (Nye, 2005:x).

Todas las opiniones anteriores parecen resumir lo que es el ánimo general y la creencia entre los especialistas de que la UE representa un hegemon benévolo o por lo menos una mejor alternativa al realismo y el belicismo estadounidense. Sin embargo, considero que este “eurooptimismo” resulta desmedido. Si bien es probable que la UE, producto de un deseo genuino de poner fin a siglos de luchas intestinas, de genocidios, que alcanzaron a poblaciones en ultramar, de una devastación monumental en la Segunda Guerra Mundial, pero sobre todo, después de comprender que no tiene forma de expandirse territorialmente como lo hizo en la segunda mitad del segundo milenio, haya decidido apostar a convertirse en una potencia cuyo éxito y esperanza radique en el poder suave, no podemos ignorar su incapacidad para lograr consensos internos que vayan más allá de los acuerdos económicos, en los que sí han sido muy exitosos. Ahora, si nos referimos a la solidez política de la UE, entonces difícilmente podemos pensar que esta sea una alternativa hegemónica capaz de instaurar un nuevo orden. Resulta difícil que la UE pueda promover consensos a nivel global, cuando internamente, como ya lo hemos visto, no puede desarrollar siquiera una política energética intraeuropea viable y solidaria. El peligro, bastante real al momento de escribir el presente trabajo, de que la eurozona se debilite (pierda países) en lugar de fortalecerse (ganar países), no hace sino reforzar los temores de que el proceso integratorio europeo pueda sufrir una involución.

Desde la tradición realista, John Mearsheimer (2003) arremete, apoyado en amplia evidencia histórica, contra el optimismo anteriormente expuesto. Dentro de su línea argumentativa, más allá de las intenciones genuinas o propósitos de cualquier Estado o *polity*, en este caso incluso partiendo de la idea de una profundización del proceso integrador europeo, la propia estructura internacional, una de anarquía, “genera poderosos incentivos para que los Estados busquen oportunidades para ganar poder a expensas de los rivales, y sacar provecho de las situaciones en las que los beneficios superen los costos” (Mearsheimer, 2003:21). La realidad, desde la óptica de la *realpolitik*, indica que la UE, como cualquier otra potencia mundial, más allá de la retórica, buscará el momento adecuado para intentar aumentar su poderío y convertirse en un Estado o una *polity* (en caso de no completar su proceso integratorio) hegemónico, situación a la cual según Mearsheimer aspira toda potencia, por la simple razón de que dicha condición es la que brinda el máximo nivel posible de seguridad y, por ende, de supervivencia, objetivo primario (p. 46) de cualquier Estado o *polity*. Si partimos de este entendimiento, el cual compartimos, la política energética se convierte en una de las

arenas principales en las cuales la UE habrá de definir su posibilidad de fortalecer su poderío *vis-à-vis* el de los otros aspirantes a hegemones.

Al momento de escribir este trabajo y en medio de una enorme incertidumbre económica generalizada dentro del sistema internacional, resulta aventurado hacer pronósticos no solo económicos, sino de las tendencias políticas al interior del sistema internacional. Sin embargo, independientemente de que la UE no tenga aspiraciones hegemónicas, como alegan muy diversos analistas, o que las tenga, como seguramente argumentan los analistas realistas, es difícil pensar en una UE que experimente un elevado grado de seguridad sin contar con una política energética sólida que le brinde autonomía o por lo menos mecanismos confiables para que los Estados miembro de esta consideren seguro el aprovisionamiento de sus necesidades energéticas, componente central para su desarrollo económico, así como para la seguridad humana cotidiana.

Como advierte Tammen (2008:321), “entre menos agitación haya en el sistema internacional, más sencillo se vuelve para el poder dominante cosechar beneficios económicos y políticos [...] la carga para el poder dominante disminuye y los beneficios económicos del comercio y la cooperación aumentan”.

Resulta difícil pensar en una UE como potencial relevo hegemónico o, en su defecto, como uno de los polos de poder mundial con una satisfacción tal que inhiba una actitud agresiva y de maximización de poder, sin la consecución previa de una seguridad energética, que resulta fundamental para su seguridad económica, seguridad militar y seguridad humana. Estas consideraciones para su supervivencia, desde un punto de vista realista, tendrán prioridad. Sin seguridad, en todos los niveles, difícilmente podemos creer que la UE se comporte como un actor tendente a la cooperación.

CONCLUSIONES

No obstante el hecho de que Europa ha sido analizada e idealizada desde la escuela interdependentista e institucionalista y a pesar de que ha apostado al desarrollo de su poder suave, resulta innegable que, inmersa en un mundo realista, mientras haya una ausencia de una política exterior y de seguridad común viable, es poco probable que pueda desafiar el dominio mundial estadounidense. Resulta difícil pensar en un hegemón en la historia que haya puesto en manos de otra(s)

potencia(s) su capacidad defensiva y/o su seguridad energética, en buena medida por la ironía que plantea Mearsheimer (2003:32) respecto al “problema del 911”. La UE ha puesto, de facto, su seguridad energética en manos de Rusia, al no contar con una verdadera política energética paneuropea. En lo que toca a la seguridad militar, también parece improbable que, en el hipotético caso de una brecha creciente (económica, comercial, política, etc.) entre la UE y Estados Unidos, este decida seguir cobijando militarmente a un competidor exitoso.

Incluso, si llegáramos a pensar en la remota posibilidad de que en el próximo orden mundial fueran los principios y preceptos liberales de la cooperación, el libre mercado, el respeto al derecho internacional, etc., lo que guiase a la comunidad internacional, la UE no parece lista tampoco para presentarse como un ente con una voz clara y consensuada en el escenario internacional, pues como hemos visto existen serias divisiones al interior de Europa.

A lo largo de este trabajo hemos analizado las escisiones europeas en materia energética, quedando de manifiesto que la UE ha sido incapaz de actuar como un actor internacional unitario.

Todo parece indicar que, no obstante el plausible camino recorrido y los innegables logros experimentados por la UE en su proceso de integración, ha llegado para esta el momento de tomar una decisión: seguir ampliando, profundizando, “limando” y corrigiendo la Unión solo en los aspectos económicos que garanticen que el europeo sea el mercado más grande e integrado del mundo, o bien entender que el resurgimiento periódico de los nacionalismos ha sido producto y causa a la vez de una deficiente e inconclusa integración política.

Podemos vaticinar pues, que la UE, que cuenta con los elementos básicos de poder potencial, el tamaño de su población y riqueza (Mearsheimer, 2003:43), que son precondition para el poder real, sintetizado por Mearsheimer en sus capacidades militares, puede aspirar a ser el relevo hegemónico estadounidense, solo en la medida en que complete su unión política, ya sea por medio de una federación o de una confederación. Difícilmente podrá ser un modelo a emular para el resto del mundo, cuando al interior de la UE persisten los divisionismos y la consecuente incapacidad de contar con una política exterior unitaria. En caso de mantener la integración limitada a los aspectos económicos y comerciales, el escenario más probable para la UE es el de ser un importante polo del nuevo orden mundial, uno que recuperando la metáfora de los tableros de ajedrez de Robert Keohane (Borja,

2005), será un actor relevante en los tableros comerciales, industriales y medioambientales, pero al no ser un actor de peso en los tableros militares, energéticos y diplomáticos, tendrá un poder e influencia limitados.

A pesar de que diversos autores cuestionan el deseo europeo de convertirse en un hegemon, no debemos de olvidar que el pacifismo europeo y su supuesta autocontención imperial no concuerdan con las acciones militares en las que ha participado, como parte central de la OTAN, en 1999, en el caso de Serbia, y con las acciones en curso en Libia.

REFERENCIAS

BANCO MUNDIAL. (2011). Sección de datos. Disponible en <<http://datos.bancomundial.org/>> [15 de noviembre de 2011].

BLOMFIELD, A. (2009). "EU: Energy security is in the pipeline". *Telegraph*. 25 de septiembre Disponible en: <<http://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/europe/6227454/EU-energy-security-is-in-the-pipeline.html>> [7 de junio de 2010].

BORJA, A. (2005). *Interdependencia, cooperación y globalismo: ensayos escogidos de Robert O. Keohane*. México: CIDE.

CAMERON, F. (2007). *An introduction to European foreign policy*. Londres: Routledge.

CHAFFIN, J. (2011). "EU out to break energy dependence on Russia". *The Financial Times*, 2 de febrero de 2011. Disponible en: <<http://www.ft.com/cms/s/0/ca9c73e2-2ef5-11e0-88ec-00144feabdc0.html#axzz1cPL3A4mt>> [31 de octubre de 2011].

CHASE, J. (2008). "Europeans split over nuclear power and energy strategy". 22 de mayo. Disponible en: <<http://www.dw-world.de/dw/article/0,,3351691,00.html>> [9 de junio de 2010].

COMISIÓN EUROPEA. (2007). *Hechos y cifras clave sobre Europa y los europeos*. Luxemburgo: Oficina de Publicaciones Oficiales de las Comunidades Europeas.

DE JAEGHER, P.A. (2009). “European energy policy in the pipeline”. *The New Federalist* (website), 27 de diciembre 2009. Disponible en <<http://www.thenewfederalist.eu/A-European-Energy-Policy-in-the-pipeline>> [9 de junio de 2010].

EIZENSTAT, S. y A. LUZZATO. (2010). “New treaty, new influence? Europe’s chance to punch its weight”. *Foreign Affairs* 89(2):104.

EURACTIV. (2010). “Liberalising the EU energy sector”. 29 de enero. Disponible en: <www.euractiv.com> [8 de junio de 2010].

GEDEN, O., et al. (2006). “Perspectives for the European Union’s external energy policy: Discourse, ideas and interests in Germany, the UK, Poland and France”. Instituto Alemán para Asuntos Internacionales y de Seguridad. Disponible en: <http://www.swpberlin.org/fileadmin/contents/products/arbeitspapiere/External_KS_Energy_Policy__Dez_OG_.pdf> [1 de junio de 2010].

GUTIÉRREZ, A. (2011). “La relación energética, económica y militar Rusia-China como eje estratégico para la consolidación de un mundo multipolar”. Ponencia presentada el 13 de octubre de 2011 en el *XXV Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios Internacionales*, Playa del Carmen, Quintana Roo.

HAAS, C. (2009). “The European Union: A global power?” Ensayo escrito en la Universidad de Westminster, 29 de mayo. Disponible en: <<http://www.e-ir.info/?p=1374>> [3 de junio de 2010].

KENNEDY, P. (1989). *Auge y caída de las grandes potencias*. Barcelona-Madrid: Plaza & Janés-Cambio 16.

KEOHANE, R. (1984). *After hegemony: Cooperation and discord in the world political economy*. Princeton: Princeton University Press.

KLARE, M. (2003). *Guerras por los recursos: el futuro escenario del conflicto global*. Barcelona-México: Urano.

KRASTEV, I. (2010). “The European Union as a retired great power”. *The American Interest* 5(6):17-19.

KRAUZE, A. (2010). “La Europa a dos velocidades se acelera”. *Gazeta Wyborcza*, 17 de junio. Disponible en: <<http://www.presseurop.eu/es/content/article/275341-la-europa-dos-velocidades-se-acelera>> [15 de noviembre de 2011].

LEONARD, M. y I. KRASSTEV. (2007). “The world’s choice: Super, soft, or herbivorous power?”. *Open Democracy*, 26 de octubre.

MCCORMICK, J. (2005). *Understanding the European Union*. 3^{ra} ed. Palgrave Macmillan.

MAGNETTE, P. (2005). *What is the European Union?: Nature and prospects*. Palgrave Macmillan.

MARQUAND, R. (2009). “Will Nabucco pipeline deal free Europe from Russian gas?”. *Christian Science Monitor*, 13 de julio. Disponible en: <<http://www.csmonitor.com/World/Europe/2009/0713/p06s01-woeu.html>> [5 de junio de 2010].

MEARSHEIMER, J. (2003). *The tragedy of great power politics*. Nueva York: Norton & Company.

MESSNER, D. (2007). “La Unión Europea: ¿protagonista de un orden mundial multilateral o poder periférico en el siglo de “Asia-Pacífico”?”. *Nueva Sociedad*, 207:1-11.

MILWARD, A. (2000). *The European rescue of the Nation-State*. 2^{da} ed. Londres: Routledge.

MORAVCSIK, A. (1998). *The choice for Europe: Social purpose and State power from Messina to Maastricht*. Ithaca, NY: Cornell University Press.

MORGENTHAU, H. (1986). *Política entre las naciones: la lucha por el poder y la paz*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

NYE, J. (2005). *Soft power: The means to success in world politics*. Public Affairs.

NYE, J. (2004). “The decline of America’s soft power”. *Foreign Affairs* 83(3): 16-20.

OPEN DEMOCRACY. (2006) “Russia, Germany and European energy policy”. Texto anónimo aparecido el 14 de diciembre.

PÉREZ, T. (2007). “La globalización totalitaria de Estados Unidos y Europa: ¿emerge un proyecto alternativo?”, en Orozco, J. (coordinador). *¿Hacia una globalización totalitaria?* México: Fontamara.

PETERSON, J. y M. SMITH. (2008). “The EU as a global actor”, en Bomberg, E. y A. Stubb. *The European Union: How does it work?*. Oxford: Oxford University Press.

PETRICH, B. (2010). “Se apoderan transnacionales de la fuerza de trabajo: Chomsky”. *La Jornada*, 22 de septiembre de 2010. Disponible en: <<http://www.jornada.unam.mx/2010/09/22/politica/002n1pol>> [15 de noviembre de 2011].

RENARD, T. (2009). “A BRIC in the world: Emerging powers, Europe, and the coming order”, Egmont Paper 31, Royal Institute for International Relations. Academic Press.

ROWLEY, M. (2009). “The Nabucco pipeline Project-Gas bridge to Europe?”. *Pipeline & Gas Journal*, 236(9):72.

RUGGIE, J. (1998). *Constructing the world polity: Essays on international institutionalization*. Nueva York: Routledge.

SAXE-FERNÁNDEZ, J. (2011). “EUA-Rusia: contextos clave del reposicionamiento global de la Federación Rusa”, en D. Añorve y J. Saxe-Fernández (coords.), *El reposicionamiento de la Federación Rusa: retos y alternativas geoestratégicas*. México: UNAM-CEIICH, pp. 355-385.

SCHMIDT, I. (2003). “Europe: On the rise to hegemony or caught in crisis?”. *Monthly Review*, 54:41-54.

SMITH, K. (2008). *Russia and European energy security: Divide and dominate*. Center for Strategic and International Studies.

TAMMEN, R. (2008). “The Organski legacy: A fifty-year research program”. *International Interactions*, 34:314-332.

VAN RENSSSEN, S. (2011a). “Brussels: Energy projects of “common interest” should get special treatment”. *European Energy Review*, 13 de octubre. Disponible en: < <http://www.europeanenergyreview.eu/site/pagina.php?id=3279> > [31 de octubre de 2011].

VAN RENSSSEN, S. (2011b). “External energy policy: Brussels takes charge”. *European Energy Review*, 12 de septiembre. Disponible en: < <http://www.europeanenergyreview.eu/site/pagina.php?id=3204>> [31 de octubre de 2011].

VATANSEVER, A. (2011). “Europe needs one voice on energy - and one pair of ears”. *European Energy Review*, 27 de octubre. Disponible en: <http://www.europeanenergyreview.eu/site/pagina.php?id_mailing=218&toegang=e96ed478dab8595a7dbda4cbcbee168f&id=3314> [1 de noviembre de 2011].

WALKER, M. (2007). “Russia versus Europe: the energy wars”. *World Policy Journal*, 4(1):1-8.

WALLERSTEIN, I. (2003). “U.S. weakness and the struggle for hegemony”. *Monthly Review*, 55(3):23-30.

WALLERSTEIN, I. (2005). *La decadencia del poder estadounidense*. México-Santiago-Montevideo-País Vasco-Era: LOM Ediciones-Ediciones Trilce- Editorial Txalaparta.